



EXCLUSIVA

Una entrevista con el jefe de los guerrilleros palestinos, fotografiado por primera vez en su base de operaciones

ARAFAT

EL HOMBRE DE AL FATAH

Yasser Arafat, treinta y nueve años, ingeniero civil. Ha trabajado en Kuwait antes de entrar en la clandestinidad y la resistencia junto a su hermano, un cirujano que ahora dirige la Media Luna Roja, fundada el 1 de enero de 1969 en Amman. El ha optado por la lucha armada. Jefe de Al Fatah, principal movimiento palestino, fue designado el año pasado por el conjunto de la resistencia presidente de la OLP (Organización de Liberación Palestina), que agrupa a la mayoría de las células que luchan contra el Estado israelí. Utiliza, como todos los responsables, que rara-

→





El jefe de los guerrilleros tiene su base en una antigua cueva utilizada acaso por los cruzados. A los pies de la chimenea vertical que sirve de entrada hay un feddayin en guardia permanente. Arafat está sentado frente a una mesa alumbrada por una lámpara de petróleo.



ARAFAT

mente descubren su rostro y ocultan su identidad, un seudónimo; le llaman Abu Amar, el padre de la resurrección. Recibe a los periodistas en raras ocasiones, vive siempre como un nómada, va de una capital árabe a otra para buscar ayuda, negociar envíos de armas y municiones, explicar a todos y cada uno la esperanza y la voluntad de lucha de las masas a las que representa. Recluta a sus soldados entre el millón de refugiados que han huido de Palestina, y entre ellos ha encontrado su Estado Mayor, compuesto de médicos, abogados, ingenieros como él o simples parados que desde hace veinte años viven de las subvenciones de la UNRWA, consistentes en 1.300 calorías diarias. No confía en nadie, y menos que en nadie en los gobiernos árabes.

—Durante veinte años hemos esperado, hemos puesto nuestra suerte en sus manos. ¿Qué ha ocurrido? Nada.

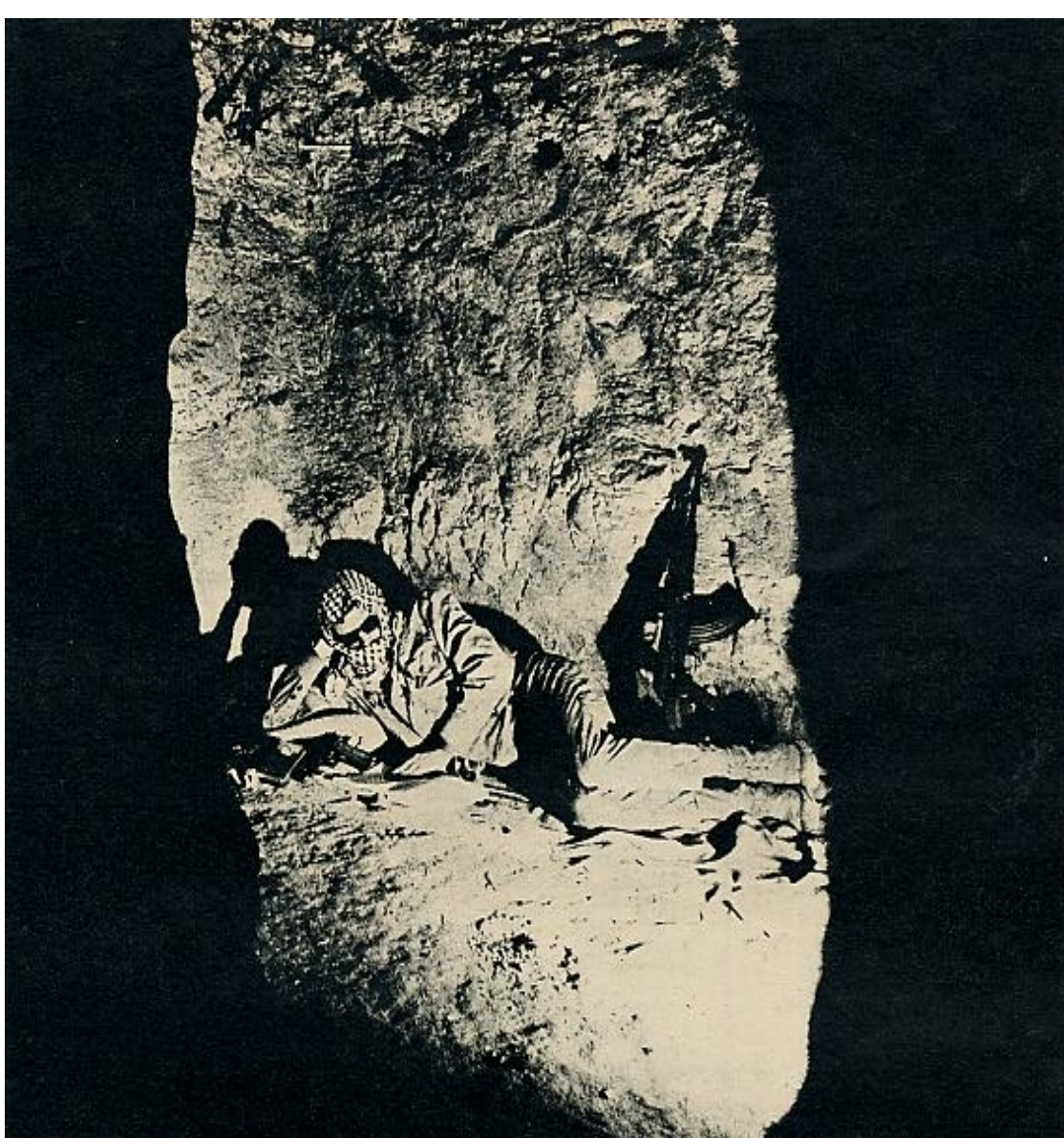
—Lo único que tengo en cuenta es esto —dice señalando su fusil AK 47 apoyado en la pared con dos cargadores pegados con esparadrapo—. Esto duplica su capacidad. Seenta balas en lugar de treinta.

AL LADO DE LOS COMBATIENTES

La vida errante que lleva le ha surcado el rostro de arrugas. Vive en pleno nerviosismo, a fuerza de café, afeitándose cada tres o cuatro días, durmiendo siempre en sitios diferentes, apareciendo y desapareciendo constantemente.

—Lo que yo prefiero es estar aquí, al lado de los combatientes.

Aquí es una antigua cisterna, turca o quizá procedente de las Cruzadas, a diez metros bajo tierra y a unos kilómetros del principal frente palestino, el del Jordán. Más allá del río brillan las luces de los kibbutz en la noche barrida por los proyectores, con cohetes luminosos que, acá y allá, se abren como flores amarillas en la oscuridad. Siempre se oye tronar un cañón en alguna parte, en la lejanía. Aquí la guerra no se paró el 12 de junio de 1967 con los asaltos de los tanques y de los aviones. Sigue. Es una guerra de posiciones, como la de 1914, de disparos de artillería, de operaciones a cuerpo limpio, de raids de comandos. Los comandos son la gran fuerza de Al Fatah, la «reapertura» en árabe, sigla formada mediante la inversión de las letras que designan al movimiento nacional de liberación de Palestina, del que es fundadora, y que constituye por sí solo el 85 por 100 de los efectivos de la resistencia. En total, como mucho, unos 10.000 hombres, equipados con armas que van de los cohetes «katuchka» a los fusiles automáticos y a las pistolas, como la que lleva en la cadera derecha, atada a un cinturón de cartuchos al estilo de un vaquero de western, sobre su uniforme kaki que le hace parecer una morcilla. En los pies lleva unos chanclos franceses, que parecen gozar de la predilección de



AL JAPON* POR DOS RUTAS DE SABENA



* Ruta Polar a partir del 1.º de Abril 1969
Ruta del Sur a partir del 1.º de Agosto 1969

SABENA

LINEAS AÉREAS BELGAS

AMERICA - AFRICA - EUROPA - ORIENTE MEDIO - ASIA

Consulte a su Agencias de Viajes o a **SABENA**



MADRID 241 89 05 - BARCELONA 215 47 32 LAS PALMAS 26 13 62 - TENERIFE 37 21 45
PALMA 22 68 46 - TORREMOJINOS 38 05 45 ALICANTE 71 66 97 - LA CORUÑA 25 25 40

ARAFAT

los palestinos, y a la cabeza un «cuffieh» blanco y negro. Este cubrecabezas ha adquirido valor de símbolo para los feddayines que se pretenden combatientes anónimos y se cubren el rostro con él, como los beduinos cuando sopla el viento del desierto.

Abu Amar niega ser un fanático y se define como «demócrata laico y antirracista».

«¿COMO PODRIAMOS SER ANTISEMITAS?»

—¿Cómo podríamos ser antisemitas si nosotros mismos somos semitas?

Cuando habla, los rasgos de su rostro, extremadamente móviles, revelan una geografía atormentada. Tiene una voz agradable, contenida, que rechaza todo énfasis. Sus manos se agitan y esgrimen frente a su interlocutor un lápiz rojo cuando quiere afirmar algo. En el bolsillo izquierdo de su camisa kaki lleva unas gafas negras tras las que se esconde cuando aparece en público. Rechaza la decisión de la ONU que en 1947 dividió Palestina en dos Estados, judío y árabe, y todos los tratados o acuerdos que después se han sucedido, comprendida la última resolución votada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en noviembre de 1967.

—Nadie tiene derecho a hablar en nombre de los palestinos, y puesto que no hemos sido consultados desde hace veinte años, ningún acuerdo es válido para nosotros.

Expresa sus deseos en los siguientes términos:

—Reconstruir Palestina, tal como era al final del mandato británico, de Haifa a Bershebah y Elath y del Jordán al Mediterráneo. Una nación en la que no habrá ni judíos ni árabes, sino palestinos, ciudadanos de un Estado laico y democrático. La guerra que hemos emprendido será larga. Se trata de una guerra de desgaste que llevará años y, poco a poco, movillizará a todo el pueblo palestino y, tras él, a todos los pueblos árabes. Si por cada sionista que cae hay veinte árabes que mueren, aun así acabaremos ganando a la larga, dada la relación demográfica de dos millones quinientos mil contra cien millones.

Mientras habla este hombre pequeño, su sombra, desmesuradamente aumentada por una lámpara de petróleo colocada en su mesa de despacho, baila sobre el muro desnudo tallado en la roca. A los pies del tubo vertical por el que se baja mediante una escalera de hierro fijado en la piedra, un feddayin con el rostro velado por su «cuffieh» monta la guardia apuntando con su metralleta hacia la abertura. La cisterna ha sido dividida en cuatro compartimientos unidos por un pasillo, y separados por tabiques de ladrillos de cemento. Abu Amar está en el primer compartimiento. Es su cuartel general. Hay una mesa con algunos lápices, papeles, la lámpara de pe-

tróleo y un pequeño transistor en el que escucha las radios árabes o israelíes, al acecho, de un boletín de noticias a otro, del anuncio del éxito de la operación en marcha. Esta vez se trata del sabotaje del oleoducto de Haifa. En la pared desnuda, al lado de la mesa, hay una bandera, la de la Palestina árabe, con tres franjas horizontales, negra, blanca y verde, y un triángulo rojo a lo largo del asta. Es la bandera jordana menos la estrella blanca que en el estandarte del reino hachemita figura sobre el triángulo.

«NO SOMOS JORDANOS»

—Nosotros no somos jordanos —precisa—. La anexión de la Cisjordania por el rey Abdullah en mil novecientos cincuenta no la aprobó el pueblo, que no fue consultado.

Junto a las paredes y en el suelo hay mantas grises o escocesas, que sirven a la vez de asiento para los visitantes y de camas para dormir. En la habitación de al lado, que es a la vez cocina y sala de guardia, los feddayines charlan en voz baja mientras preparan el té con mucho azúcar y la cena: bonito en aceite y galleta árabe. Abu Amar come cuando puede, lo que encuentra, repartiendo su comida espartana con el interlocutor de turno. Hay un continuo vaivén de responsables. No hay grados en El Assifa —la Tempestad—, la rama militar de Al Fatah—. El hombre que llega aparta su «cuffieh» y besa a Abu Amar en el hombro y en el pecho, a la usanza árabe, y luego se arrodilla y apoyado en su fusil le habla aparte, en voz baja, ya que no hay más que una silla en el cuartel general, aquella en la que Arafat está sentado tras su mesa, el único mueble del refugio. Todo sucede a ras del suelo, los visitantes se sientan en las mantas, esas mantas sobre las cuales, más tarde, Abu Amar dormirá unas horas, de día o de noche; eso no tiene importancia, puesto que de todos modos en el fondo de la cisterna siempre está oscuro.

Fuera, los feddayins desparrramados por la colina sembrada de cardos gigantes, que crecen entre las ruinas de lo que debió ser una fortaleza, montan la guardia y se hablan unos a otros con gritos broncos a través de la oscuridad. Para llegar al puesto de mando, que no está señalado con ninguna indicación, un guerrillero envuelto en un largo capote militar me ha cogido de la mano y me ha guiado a través de las viejas tumbas de un cementerio abandonado. Luego, de pronto, me encontré con un agujero por el que había que entrar a cuatro patas antes de encontrar la escala de hierro por la que se baja a trancos, como en un barco, guiado por una lámpara de petróleo que un feddayin lleva en la mano. Estaba en el puesto de mando provisional de una guerra que no lo es. ■ GENEVIEVE CHAUVEL. Reportaje GAMMA.